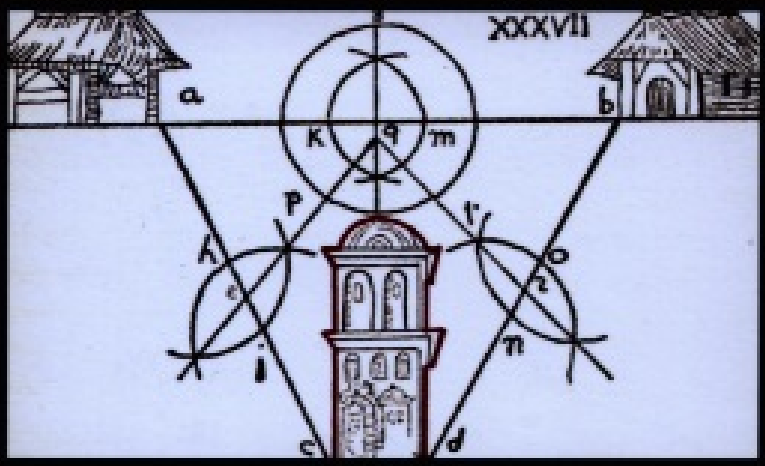
Anna Estany / Victoria Camps
Mercè Izquierdo
(eds.)

Error y conocimiento: la gestión de la ignorancia



CAPÍTULO VIII

GUERRA Y ERROR

JAVIER ORDÓÑEZ
Universidad Autónoma de Madrid

Este texto tiene su origen en una conferencia impartida a lo largo de unas jornadas sobre el Error, patrocinadas por la fundación Cosmocaixa. Agradezco que entonces se me dejara hablar después de una conferencia arrolladora y optimista donde la historia termina bien. Sí, la conferencia que antecedió a la mía consistía en una narración sobre problemas de salud y sus soluciones, unas cuestiones complicadas en la que todos o casi todos somos pacientes, y frente a ella hablé de un tema en el que nada acaba bien. Repito lo que dije al comienzo de la conferencia como si fuera un nuevo Caronte, «dejen fuera la esperanza» porque no está en absoluto dentro. En realidad no es cierto que sea tan pesimista el asunto, y por eso vuelvo a dar las gracias a los organizadores por permitirme hablar entonces y escribir ahora para un foro donde la palabra error no es un error, donde por lo menos se puede considerar como parte del discurso, y además porque me interesa mucho la opinión de las personas que están implicadas en los procesos educativos y de forma especial los responsables de los niveles educativos donde se forma el carácter más radical, donde se aprenden las cuestiones más sustanciales que después a lo largo de toda la vida van a estar siempre presentes en la formación de cualquier escala de valores.

Comienzo con un pequeño apunte biográfico al señalar que efectivamente durante muchísimos años me dediqué a la historia de la astronomía, historia de la astrofísica y todavía sigo dedicándome a ello. Pero hace también bastantes años, probablemente diez o quizás menos, nueve años, me comenzó a interesar el estudio de las relaciones entre

guerra y ciencia, entre conocimiento y ciencia, no desde el punto de vista de lo que habitualmente llamamos «militaria»; es decir, no desde el punto de vista de la máquina de guerra, de la tecnología al servicio de la guerra, lo que sólo atrae mi atención ocasionalmente, sino desde el punto de vista de la relación que hay entre la generación del conocimiento y la facilidad y eficacia a la hora del desarrollo de los conflictos bélicos. Me interesó entonces, hace una década, porque de una manera completamente coyuntural en mis estudios de astronomía, de astrofísica, he encontrado muchísimas referencias a cuestiones bélicas. No hay nada que aparentemente esté más desgajado de lo que puede ser un discurso bélico que hablar de las estrellas. Quizás, hablar de los planteas, o hablar de la luna, nos pueda poner en contacto con problemas bélicos, tal vez creencias en que las conjunciones de esos cuerpos de nuestro sistema solar indujeran a la guerra y sin duda algunos objetos, como los mapas construidos con la ayuda de la precisión de los satélites de Júpiter, por ejemplo, para conocer la longitud de un lugar fueron herramientas valiosas en las batallas. Ahora bien ¿en las estrellas? Resulta difícil establecer una relación histórica entre estrellas y guerras. Sin embargo, en el ámbito de lo estelar hay muchas referencias a la guerra por una razón tal vez coyuntural: porque el momento de la construcción de la gran astrofísica coincidió con el momento de la construcción de los grandes conflictos, desde el desarrollo de la Guerra de Secesión, a la guerra Franco-Prusiana, la I Guerra Mundial, la Guerra Civil Española, la II Guerra Mundial, la Guerra Fría, etc. Como digo, tal vez sea casual y se pueda hablar lo mismo de otras ciencias, pero el caso es que yo estaba ocupado con el estudio de la historia de las estrellas.

Frente a esto, siempre me había llamado la atención de una manera incisiva el hecho de que se hablara poco de la guerra en el ámbito de nuestra cultura. Me sorprendió que tengamos una cierta tendencia a ocultar en nuestro discurso todo lo bélico, que cualquier discurso bélico se considere origen de la guerra. Así no se puede hablar de guerra porque es indicio de que somos belicistas. Cuando uno quiere ser acreditado como pacifista se requiere hablar de paz. Como resultado la guerra es lo que siempre está oculto en nuestro discurso. La guerra queda para los periodistas y para los economistas. Los unos contando conflictos lejanos y los otros usando las categorías bélicas de forma metafórica.

Me suscitó interés el tema de la guerra el preguntarme por qué nos prohibimos hablar de la guerra, por qué no estamos dispuestos a hablar de ella si es uno de los hechos más constantes en nuestra historia, y no solamente en la historia europea u occidental. La especie humana tiene una capacidad infinita de hacer la guerra y de establecer conflictos, de utilizar la violencia, de utilizar todo tipo de recursos para dicha violencia. Me resultó siempre sospechosa y un poco intrigante la ausencia de reflexión sobre la guerra. Cuando estudié filosofía, y realicé mi tesis doctoral de filosofía, recuerdo que me preocupaban ya algunos de los aspectos que representaban las omisiones: es decir, en qué se basan las omisiones, los silencios, los alejamientos lingüísticos. Al acudir a los clásicos del pensamiento que estaban preocupados en todo lo que nos ocurría habitualmente, encontré que hablaban muy poco de la guerra. Realmente si uno rastrea la literatura filosófica desde sus orígenes occidentales hasta nuestros días, nos encontramos que muy pocos hablan de la guerra, se hacen consideraciones muy sumarias sobre ella, hay condenas a la guerra en escasas ocasiones, la mayor parte de las referencias son justificaciones a la guerra, e incluso autores con libros dedicados a pensar cómo evitar la guerra como *La paz perpetua* de Kant, no dan una salida posible excepto la alianza entre estados, pero carecen de explicación sobre qué sea una guerra y nos inducen a pensar que la única paz que existe es la de los cementerios; que verdaderamente es una paz bastante acreditada [1]. Es algo que no deja de sorprender. Evidentemente, hay muchos filósofos que se dedican a teoría política y entonces dentro de esta disciplina hablan del Estado, y dentro del Estado hablan de la guerra como es el caso de Hobbes, o Maquiavelo, o Adam Smith, etc. Sin embargo, en términos generales se trata poco el tema de la guerra, o bien se trata de la guerra para señalar quién es el culpable en un conflicto. Hay extensa literatura después de la II Guerra Mundial en la que se habla de los «culpables» que han hecho la guerra o de los individuos que están amenazando la paz, pero no sobre la guerra como tal fenómeno y menos como concepto.

[1] Al menos Kant es menos pesimista que Rousseau quien considera que la paz perpetua sólo se puede conseguir con el uso brutal de la violencia.

Es decir, desde ese punto de vista resulta sorprendente el silencio de la guerra y creo que es un primer error. Durante mucho tiempo no se habló de sexo en las escuelas, durante mucho tiempo no se habló de diferencias en las escuelas, y durante mucho tiempo (y aún estamos en ello) no se habla de guerra en las escuelas. Hablamos de educación para la paz, algo que podría ser extraordinariamente útil si lo completáramos con educación para la guerra. Muchos la entenderían como educación «para hacer la guerra», aunque su interés radique en ser una educación para «evitar la guerra», o al menos para «conocer la guerra». Sin embargo, si se habla de educación para la paz se da por supuesto que la paz es un estado en sí mismo, que la paz es más favorable para la actuación humana que la guerra. Cuando en realidad lo que ocurre es lo contrario, lo que es difícil es conservar la paz y lo difícil es evitar la guerra en términos generales, porque nos sale al paso muchas veces como una sorpresa. Transmito estas cuestiones como preocupaciones generales, y dentro de mi formación bachelardiana recuerdo que se hablaba de los obstáculos epistemológicos al desarrollar las teorías del calor; se hablaba de los errores de comprensión causados por los estragos que origina el uso acrítico del sentido común. Yo creo que no hablar de la guerra o de la guerra en sí misma constituye un obstáculo cultural. De este modo, los niños sólo no hablan de la guerra en la clase, el resto del tiempo están siempre hablando de la guerra: están haciendo juegos de guerra, están viendo películas de guerra, están leyendo relatos de guerra, están jugando con juegos que les convierten en armas. Es decir, no tenemos ninguna posibilidad de influir sobre ellos porque nos hemos propuesto eliminarlo de nuestro discurso, o por lo menos evitarlo en la medida de lo posible.

La primera cuestión que nos tendríamos que plantear es hablar de la guerra y no considerar que hablar de ella suponga hacerla, ni signifique demonizar la paz, o espolear la guerra. Aunque la guerra esté relacionada con la violencia personal, aunque tenga que ver con nuestra vida cotidiana, no se puede confundir con ese tipo de violencia. Con gran facilidad decimos que estamos en guerra con alguien cuando estamos enfrentados a alguien, los niños se pelean y tienen amigos y enemigos; pero nada de eso es la guerra. Por ello, la mejor manera de evi-

tar que se produzca un crecimiento hacia ese analogado superior es advertirles de que la guerra no es lo que ellos piensan. La guerra sí realmente forma parte de nuestra historia, está incrustada en nuestro lenguaje, forma parte de nuestras actitudes sociales, pero evidentemente tiene analogados: el primero de ellos, el máximo, es la guerra que realiza el Estado, y es esa la que verdaderamente nos interesa analizar y en la que nos encontramos con dificultades de tratamiento desde un punto de vista filosófico. En primer lugar, porque estamos siempre considerando que en la guerra hay un continuo entre nuestra individualidad y la guerra entre Estados. Consideramos que hay una escala posible entre toda nuestra malquiesciencia entre los integrantes de nuestra asamblea de vecinos, entre nuestros colegas, entre los alumnos o profesores que nos caen mal, dependiendo de la etapa de nuestra vida en la que nos encontremos, y el hecho de que se declare una vez una guerra. Estamos demasiado preparados para asumir que todas las formas de violencia son iguales, y sin embargo lo que está claro es que poseemos una gran cantidad de mecanismos jurídicos, psíquicos, educacionales y sociales, para impedir que los conflictos entre personas lleguen a más, pero no tenemos prácticamente ningún mecanismo para considerar qué sucede cuando el conflicto es entre Estados, para poder manejarlos y utilizarlos.

Si nosotros dejamos de hablar de la guerra, estamos dando valor bélico a actitudes violentas que no lo tienen. Una de las grandes apetencias que tienen los grupos que desean levantarse contra un Estado es, precisamente, que los demás estados consideren que estos grupos están en guerra. Sólo ese hecho hace que adquieran una respetabilidad internacional. Realmente, cuando se observa lo que sucedió en Madrid con la celebración de los levantamientos del 2 de mayo, uno se plantea si realmente esa Guerra de la Independencia fue verdaderamente una guerra. Evidentemente fue una guerra para algunos madrileños de hoy pero desde luego no lo fue para ningún francés de entonces; es decir, no fue una guerra, fue otro tipo de cuestión. Afirmarlo en este momento puede levantar ampollas debido a todo el patriotismo que rodea este hecho, pero realmente se convirtió en una guerra por un cuadro. Un pintor genial como Goya, que precisamente no era partidario de los individuos que se levantaron, pintó una serie de aguafuertes y eso es la

guerra. La guerra de la independencia está constituida por los registros visuales de un afrancesado.

Conviene hablar de la guerra porque es necesario considerar o aceptar que la guerra no es un juego, aunque los juegos pueden representarse por medio de pequeñas acciones bélicas, pero no son guerra. La guerra es algo que tiene una idiosincrasia especial, la guerra tiene un rostro propio, y caracteriza toda nuestra cultura de tal manera que no existe una sociedad organizada que no haya tenido conflictos. Este hecho debería hacernos reflexionar que cuanto más organizada está la sociedad, más radicales y claros son los conflictos. Esto es positivo hasta cierto punto, en el sentido de que sabemos distinguir mejor el estado de paz del de guerra. Adriano, que era un emperador romano melancólico y que vivió en un periodo muy interesante del desarrollo del Imperio Romano, se manifestaba muy preocupado porque había muy poco tiempo en el que el dios Jano tenía las puertas cerradas. El dios Jano era un dios de la guerra y solamente se cerraban las puertas de su templo cuando en el Imperio Romano no había ningún conflicto. Adriano cuenta con verdadera melancolía que pocas veces estaban cerradas esas puertas. Lo mismo dice Marco Aurelio, en definitiva, todos estos emperadores estaban convencidos de que el estado de guerra era el estado normal dentro del Imperio. Considerando la guerra desde el punto de vista más radical que aquí se considera, lo que hicieron la mayor parte de las ocasiones los emperadores romanos no era una guerra, ya que no había un conflicto entre Estados, sino entre el Estado y la periferia, y hoy se considerarían labores de pacificación, o lo que se llamó en el siglo XIX labores coloniales.

En realidad, se podría definir la guerra (y en función de eso hay que entender cómo se pueden encontrar errores en la guerra salvo que se considere la guerra un error en sí misma siempre), como aquel proceso en el que una sociedad, un colectivo, genera un enemigo. Sin enemigos no hay guerra, y por supuesto la construcción del enemigo es una parte fundamental para la realización de una guerra. En ocasiones se han producido guerras sin enemigos, y estos se han tenido que construir a marchas forzadas durante el desarrollo del conflicto. Si se recuerda los primeros meses de la I Guerra Mundial, la llamada «Gran Guerra»

(cuando se pensaba que era la única guerra posible ya que a partir de ella ya no podría haber más guerras a causa del horror que iba a producir), el problema que existía es que no había enemigos, nadie parecía ser capaz de odiar a los alemanes aunque teóricamente habían suscitado la guerra; a su vez, los alemanes no estaban predispuestos a odiar a los ingleses ni los austríacos a los rusos. Es decir, había un déficit de enemigo y eso fue un error dentro de la dinámica de la guerra. La consecuencia fue que la posterior generación de un enemigo fue tan eficaz que duró hasta el año 1945 y se trató de una construcción muy bien conseguida, con un sistema de propaganda absolutamente fascinante.

La guerra tiene que tener un enemigo, tiene que tener alguien u otro Estado que pueda considerase oponente. Lo primero a hacer con el enemigo es desnaturalizarlo, y según nos enseñan las guerras en los dos últimos siglos, el enemigo además debe estar lo más lejos posible en el ámbito cultural. Llamar a los alemanes «hunos» fue una forma francesa muy eficaz para alejarlos del mundo civilizado. Es decir, se requiere que cuando realmente se genere el combate, el enemigo pueda ser un personaje o un individuo sin rostro, sin ningún tipo de identificación. El hecho de que exista enemigo supone, desde el punto de vista de la teoría de la guerra, la posibilidad de suspender cualquier tipo de leyes que supongan un impedimento para lograr el objetivo de anonadar al Estado. Si se lee a Von Clausewitz, que es una de las personas más citadas pero menos leídas en teoría de la guerra, éste define la guerra como un conflicto que lo que intenta es romper la voluntad del enemigo: «le guerra es un acto de fuerza destinado a obligar al enemigo a hacer nuestra voluntad» (Clausewitz: 1999, 179). La ruptura de la voluntad del enemigo es el objetivo final de la guerra. ¿Cuál sería el error?, no romperla. Una vez que la guerra está declarada está destinada a desarrollarse de esta manera, es inevitable, no hay marcha atrás.

Ahora bien, el problema es ¿hay guerras justas? ¿hay momentos en los que verdaderamente se puede hacer justificadamente la guerra?, siempre hablando desde una máxima generalidad para dar a pie a que hagan luego la guerra con quien escribe estas palabras porque no estén en absoluto de acuerdo con lo que se dice con ellas. Para analizar esta cuestión de forma razonable es necesario realizar algunas precisiones

sobre el carácter de la guerra en concordancia con la distinción apuntada más arriba cuando se mencionó al Imperio Romano.

Una vez que se ha construido el enemigo, una vez que se considera que efectivamente tiene que haber un anonadamiento, se llega a la identificación siguiente: una guerra es más perfecta cuanto más similares sean las sociedades que se enfrentan. Es más, se podría decir que sólo es guerra o lo es en tanto y cuanto esa identificación es máxima. Dos países industrializados, con un gran desarrollo cultural, con un gran desarrollo científico, son enemigos perfectos. Una sociedad muy sofisticada frente a otra poco sofisticada da lugar a guerras poco interesantes desde el punto de vista teórico de la guerra, debido a la falta de proporción en el uso de la violencia; es decir, a veces no es necesario siquiera anonadar y no tiene que haber en un principio masacres, aunque las haya habido en la historia. Las guerras entre sociedades asimétricas se consideran acciones bélicas coloniales que merecen una atención especial, la tendrán en otros escritos. Otro tratamiento específico tendría que diseñarse para estudiar las guerras civiles.

Frente a esas asimetrías, la sociedad occidental inventó la «guerra entre iguales», las cuales son de una crueldad y de una mortalidad extraordinarias. Desde la creación del Estado contemporáneo hasta nuestros días, las guerras han aumentado progresivamente en volumen de víctimas, hasta el punto de que de los últimos conflictos aún no hay acuerdo sobre las cifras reales. En la II Guerra Mundial todavía se siguen discutiendo el número de víctimas de cada bando. Desde ese punto de vista, las guerras serían mecanismos en los que dos Estados, lo más similares posibles, entran en conflicto y establecen unas pautas de comportamiento de destrucción y de violencia, que por supuesto no son estables y varían de acuerdo a la evolución del conflicto. En dichas pautas hay un principio elemental: en la guerra como en el amor, todo vale, como decían los clásicos. En el fondo no existe ningún tipo de cautela, incluyendo las cautelas acordadas en un principio para no ser utilizadas en el momento de la guerra.

Si consideramos que la guerra se plantea como un conflicto entre Estados lo más parecidos posible, no es de extrañar que exista una correlación prácticamente lineal entre violencia en la guerra y cultura. Es-

tudiosos sobre teoría de la guerra establecen correlaciones muy sorprendentes y un poco terroríficas entre el número de víctimas desde el Renacimiento hasta la década de los cincuenta del siglo XX; sorprende que cuanto más sofisticadas sean las sociedades que se implican en el conflicto, más radicalmente crueles son, hay mayor número de víctimas y una mayor destrucción del Estado. Lo cual desbanca un principio asentado en el sentido común de las sociedades desarrolladas según el cual las personas refinadas no se pelean, las sociedades cultas no hacen la guerra, y la civilización y la barbarie caminan por separado. Hasta cierto punto podemos decir que la guerra se alimenta de la cultura y lo hace como todos los fenómenos culturales de una sociedad a través de todos sus efectos civilizatorios. Y si aprendemos de las guerras del siglo XIX y XX (hasta la segunda guerra mundial por lo menos), a más civilización más «barbarie».

En esa confrontación entre Estados se vuelve a plantear la pregunta ¿hay alguna guerra justa? Es difícil no admitir que en las guerras el agredido tenga el derecho justo de ir a la guerra. Hubiera sido muchas veces un error no ir a la guerra si el contendiente no se sintiera suficientemente agredido y entonces no fuera a la guerra. En principio, es objeto de una discusión casi eterna en el ámbito de la guerra quién puede declarar la guerra justamente y quién la declara de una manera injusta. Se puede comprobar en la historia de Europa de los dos últimos siglos que no se ha dado el caso de nadie que haya declarado la guerra a alguien alguna vez afirmando que lo hace «porque sí» y que no tiene necesidad de fundamentarlo jurídicamente, es decir de acuerdo con algún derecho. Resulta un desafío encontrar un cínico que diga «yo hago la guerra porque me da la gana y porque soy más fuerte». A pesar de ello, esta razón de «ser más fuerte» es la que está en la base de la mayor parte de acciones de guerra que se han suscitado en estos dos últimos siglos, entre la Revolución Francesa y nuestros días; una época en la que la relación entre ciencia y guerra es especialmente significativa, no sólo en cuanto al conocimiento científico sino también en cuanto al conocimiento jurídico. Resultan elocuentes las palabras que contiene el proyecto de decreto de Foucroy, escrito en el tercer año de la república: «la guerra, que sólo es barbarie atroz de los reyes, y que sólo es justa para

un pueblo que toma sus derechos con su libertad, esa guerra para la República es una ocasión feliz para desarrollar toda la potencia de las artes, para ejercitar la invención de los sabios y de los artistas, y consagrar su utilidad a las aplicaciones más ingeniosas» [2].

Todos aquellos que han declarado la guerra se han sentido investidos por algún principio bajo el cual eran considerados justos; es más, casi todos los conflictos de este periodo (desde la Revolución Francesa a la actualidad) son conflictos extraordinariamente radicales, debido a que las ideas que se esgrimen para desatar los conflictos suelen ser la idea de nación, la idea de comunidad, la idea de raza, etc. Este es un aspecto que se analizó en una conferencia anterior a la que da origen este texto cuando se hablaba de la noción de raza y la construcción social de este concepto.

Se podría afirmar por lo tanto que la mayor parte de los Estados que promueven una guerra, consideran que «su» guerra es justa. Supongamos que lo sea, y no discutamos que no lo sea. Cualquier Estado que se sienta investido en su derecho de declarar una guerra justa va a terminar haciendo una guerra que no es justa; es precisamente esto lo que llama la atención en estos mecanismos bélicos. Incluso las guerras que se declaran por motivos defensivos, o los contendientes que se ven arrastrados a hacer una guerra al ser agredidos, terminan realizando guerras no justas. No quiere decirse con esto que no se considere justo el que una persona jurídica como el Estado pueda entrar en guerra, sino que cuando entra en guerra comete tal cantidad de actos injustos que se convierte su acción en guerra injusta. Precisamente porque la declaración de guerra, sea como primera iniciativa o como respuesta, supone la apertura de un espacio de injusticia, una suspensión de la idea misma de justicia, y una destrucción de sus estructuras habituales. No se puede encontrar en la historia, por lo menos en los últimos dos siglos, una guerra en la que una vez desarrollado el conflicto haya brillado la justicia. La distinción de los clásicos entre «derecho a la guerra» y «derecho

[2] Estas palabras figuran en el proyecto de decreto de Foucroy para el establecimiento de la Ecole Central de Travaux Publics que luego se llamaría Ecole Polytechnique Superieur.

en la guerra» tiene un escolio doloroso, todas las guerras terminan por ser conflictos injustos.

Ahora bien, que la característica de todos estos conflictos sea que verdaderamente afectan a todos los ciudadanos, y no solamente a una parte de ellos, merece una reflexión y hace que el tema de la guerra sea más interesante de lo que parece a primera vista para caracterizar cualquier sociedad. Se puede mirar para otro lado, no querer reflexionar, no querer hablar de ello, pensar que hablar de la guerra es como hacerlo de un Apocalipsis próximo e invocado y por tanto es mejor no hacerlo; pero realmente no es así. Los conflictos se desatan entre Estados, los conflictos los sufren individuos. Curiosamente, podría pensarse que los Estados democráticos y que toman decisiones que dependen de la voluntad de los individuos, llevan a cabo unas guerras menos cruentas. Se podría pensar que los Estados dirigidos por dictaduras realizan unas guerras brutales, mientras que aquellos que son democracias se distinguen por guerras más caballerescas. Esta distinción, realmente no existe. Un elemento que realmente iguala a las sociedades es precisamente el uso de la guerra. Es posible que en una guerra hecha desde un estado autoritario se pueda ser más ligero y menos respetuoso a la hora de utilizar sus recursos humanos, pero cuando se estudia en detalle cómo son las guerras, no se encuentran grandes diferencias a la hora de diseñar la crueldad. Por otro lado, si se puede hablar de evolución de la guerra (la guerra no es un concepto ahistórico), ésta evoluciona en la dirección de involucrar cada vez más al Estado completo, a las personas que están dentro de ese Estado en guerra. Esto fue doctrina común hasta la II Guerra Mundial y en la guerra nuclear posterior nunca declarada pero dio lugar a todas las teorías posibles sobre sus efectos sobre las sociedades enteras. A partir de 1940 resultó difícil encontrar una legitimación que distinguiera entre civiles que no hacen la guerra y militares que hacen la guerra. Comenzó a ser claro en la guerra Franco-Prusiana y en las guerras del siglo XIX, por ejemplo en la Guerra de Secesión Americana aunque al ser una guerra civil sea complicado de categorizar. Desde las guerras napoleónicas hasta la Guerra Fría, que son las guerras que consideramos en nuestro trabajo de investigación actual, hay una cierta tendencia progresiva a considerar como enemigo a toda la sociedad. Al hacer esto, no se puede pensar en absoluto que esa gue-

rra puede ser justa, salvo que se considere que el acto de declarar una guerra es un acto colectivo y por tanto el colectivo que desarrolla la guerra es culpable. Pero entonces habría que considerarlo en ambos lados y no solamente en el que declara la guerra sino también en el que sufre la declaración del conflicto. Claro está que la categoría de «culpabilidad» no sea la adecuada para analizar los conflictos.

Nos encontramos pues con el hecho de que no hay guerra justa en su desarrollo (aunque haya hipotéticamente guerras justas en los motivos originales), además de una implicación progresiva de las sociedades en el desarrollo de la guerra, lo que nos aboca a otra pregunta de carácter general: ¿quién declara la guerra? o ¿cuáles son las razones que llevan a declararse un conflicto?

Esto ha sido analizado de una manera fascinante por economistas, sociólogos, antropólogos, historiadores, etc., es decir, qué razones llevan a un Estado a declarar la guerra a otro. En general, como la guerra no es un objeto de estudio sino que es un ruido de fondo de la historia que nosotros estudiamos (el lector debe tomar en consideración cómo se analizan las guerras carlistas, las guerras civiles, en nuestra sociedad) nunca se detallan los motivos del conflicto o bien se simplifican extraordinariamente: había unos buenos y entonces vinieron unos malos y habitualmente los buenos ganaron, ya que para eso son quienes lo cuentan. Qué causa lleva a un Estado a entrar en conflicto con otro, ha sido estudiado de una manera pormenorizada por muchas escuelas, y hay un punto de partida bastante claro: cuando un estado declara la guerra a otro y se equivoca, tiene una probabilidad de rectificar muy pequeña. Un médico puede fracasar con un enfermo y pensar «bueno, se ha muerto el pobre enfermo, entonces vamos a hacerlo mejor». Nada de eso ocurre en la guerra. Además, en las guerras las victorias y las derrotas son bastante relativas, como vemos ahora. Las derrotas en todo caso tienen una propensión a ser más definitivas que las victorias. El anonadamiento puede ser un acto completo, pero la victoria pocas veces lo es. Se puede corregir una batalla, en un proceso táctico, pero la guerra en sí, una vez declarada, no.

En una mirada superficial, se puede llegar a pensar que los Estados son muy frívolos a la hora de declarar la guerra, pero no es así. Ni

son frívolos a la hora de declarar una guerra, ni a la hora de responder a una agresión externa, ni suelen ser frívolos a la hora de realizarla. Incluso diría algo que es políticamente incorrecto, ni siquiera los alemanes en el año 1939 fueron frívolos en su declaración de guerra a Polonia. Probablemente fueron arrogantes, incautos, injustos, crueles; pero no frívolos. No poder medir las consecuencias de un conflicto no es ser frívolo. De hecho ninguna guerra mide sus consecuencias cuando se declara. El autoengaño no es frivolidad, sino a veces exceso de racionalidad. Los que declararon la guerra de 1939 no pudieron medir las consecuencias de su acción, pero no fue una frivolidad sino un error, es decir, en ese sentido también se trató de un error la campaña de Rusia. Por ejemplo, también fue un error la guerra de Argelia. En definitiva, la pregunta no es tanto si fue un error o no la declaración de guerra a Polonia, sino por qué se tomó, cuáles fueron los elementos racionales que condujeron a dicho desenlace. Lo mismo puede decirse de un país como Inglaterra, el Imperio Británico, que declararon la guerra a Alemania porque ésta había invadido Polonia; y sin embargo, no lo hizo cuando Alemania invadió los Sudetes o en el caso de la invasión de Austria (la anexión - *anschluss*). Se puede achacar al cansancio, al hecho de que se había puesto un límite insostenible, en realidad es difícil justificarlo. Declararon la guerra por motivos diferentes a que estuvieran «hartos». Por muy frívolos que sean los políticos no lo son tanto. Nos encontramos con situaciones interesantes como el hecho de que Inglaterra declaró la guerra a Alemania pero no a Rusia, no a la Unión Soviética, cuando ésta había participado en la repartición de Polonia. Hay mecanismos en los que cabe sospechar, sobre todo cuando se estudia la actitud del gobierno británico, que las razones que se consideraban se basaban en la guerra como una forma de restaurar el equilibrio.

Es muy interesante observar cómo los grandes Estados procuran que prevalezca un cierto equilibrio; evidentemente si un Estado es muy fuerte, el equilibrio consiste en mantenerse en dicha fortaleza, pero no en eliminar al enemigo salvo en el caso en el que la precipitación de la guerra conduce a la eliminación del contrario. Durante mucho tiempo, la estrategia consiste en un juego de equilibrios como si se tratara de equilibrios térmicos, como si todas las partes del planeta tuvieran que estar

en estado de equilibrio para poder mantener un cierto *statu quo*. Hay casos de declaración de guerra, no en función de criterios racionales como lo harían las tesis más racionalistas que igualan la decisión de la guerra al de un juego, sino en función pragmática de considerar que hay un crecimiento desmesurado, tipo canceroso, de una determinada potencia, con lo que el problema consiste en impedir esa proliferación. No parece sensato establecer una única teoría sobre las decisiones de guerra ya que existen muchas guerras y todas ellas muy diferentes, de manera que encontrar normalizaciones de ese estilo es complicado. Existen estudiosos de la estrategia económica que han hecho uso de proyecciones estocásticas de lo que pueden ser decisiones en el ámbito de la guerra, es decir en el ámbito en el cual las naciones o los países o los Estados toman decisiones para esa guerra y la medición del error de dicha guerra. Son estudios que presentan dos tipos de problemas: en primer lugar, la muestra es muy pequeña, y en segundo lugar, asimilan demasiado las declaraciones de guerra entre Estados a las declaraciones de guerra entre empresas, o a declaraciones de juegos de guerra en experimentos sociales mentales, etc., mientras que no tienen en consideración que lo que no es uniforme es el sujeto que declara la guerra, «quién» hace la guerra. El tercer problema es el análisis de qué es lo que está dispuesto a jugarse en el conflicto. Incluso en los estados que se involucran en guerras que consideran justas, el alcance de lo que están dispuestos a jugarse en los conflictos nunca queda demasiado claro [3].

En el «quién», se puede sospechar que a partir de la Revolución Francesa la sociedad civil está en general muy involucrada en las declaraciones de guerra. Incluso en los Estados que pasan por ser más militares, tienen detrás una organización civil que no tiene nada que ver con la época de las monarquías absolutas, o de los príncipes del Renacimiento, o de los grandes poderes centro-europeos de la Ilustración. A partir de la Revolución Francesa existe una presencia notable de la sociedad civil en la forma de dirimir los conflictos. De tal manera que es muy frecuente observar a lo largo de los dos últimos siglos cómo se han

[3] Una excepción a esto puede leerse en Erik Gartzke «War Is in the Error Term» *International Organization*, Vol. 53, No. 3, (Summer, 1999), pp. 567-587.

ido alineando las distintas fuerzas sociales en torno a los problemas de guerra. Es muy difícil encontrar en periodos bélicos alineaciones de pacifistas que tengan suficiente prestigio e influencia. El contraejemplo clásico es el caso de Einstein en la I Guerra Mundial al negarse a firmar la carta de los científicos alemanes ofreciendo todo el poder al Kaiser para llevar a cabo investigaciones científicas que pudieran favorecer al imperio alemán. Aquí, Einstein se negó a firmar esa carta y además escribió en su contra otra misiva pacifista. Consiguió, eso sí, sólo dos firmas. Pero ese mismo Einstein escribe en el año 1939 una carta a Roosevelt instándole a la consecución de armas atómicas que están a su vez teniendo en cuenta los centroeuropeos. Ese pacifista einsteniano de la I Guerra Mundial no lo era en la II Guerra Mundial, entre otras cosas porque sabía perfectamente lo que estaba pasando con el pueblo judío. Por lo tanto, nunca faltan razones para apoyar una guerra.

Lo que llama la atención es que la implicación de la sociedad civil en la guerra se produce a través de cauces muy diferentes. En primer lugar, es llamativa la implicación de la sociedad civil de una manera, no solamente intelectual, sino también emotiva en los distintos conflictos a lo largo del tiempo y en los diversos países de Europa. A la vez, llama la atención, que al igual que existe una alineación entre civilización y crueldad en la guerra, se dé una cierta correspondencia entre procesos de globalización y eficiencia a la hora de hacer la guerra. Existe un cierto proceso de globalización a través de la creación de estándares (de comunicación, de medición, etc.) que comienza en la Revolución Francesa con la creación del Sistema Métrico Decimal. La creación de estándares es la creación de sistemas que luchan contra algún tipo de error. ¿Qué es un estándar? Un estándar es un tipo de medida, de descripción de un proceso, aparato o artilugio, que me permite errar lo menos posible a la hora de comunicar un resultado, una medición, o la descripción de un proceso. Un estándar es un patrón de referencia, un modelo. Hasta ahora estábamos hablando de la guerra como error, de una manera más o menos filosófica, moral, sociológica, etc., y se podría inducir que de acuerdo con el viejo sistema griego según el cual la corrección de la ciencia o de la *episteme* está en acercarse a un modelo previo (de acuerdo con la idea platónica, bastante eidética), de manera que el error consiste en no acercarse a dicho modelo, la guerra se-

ría, en este contexto, aquello para lo que no hay modelo. Sería, más que la capacidad de acercarse a un modelo eidético, la capacidad para no entrar en un proceso destructivo como es el proceso de la guerra. Con lo cual, la guerra sería ese tipo de acontecimiento que no entraría en el mundo de lo eidético; en el mundo de las ideas de Platón no existe la guerra.

La guerra es un fenómeno sub-lunar, es un fenómeno de nuestra limitación, es un problema de nuestros defectos, de nuestras faltas de virtudes. Al no existir ese modelo de guerra, se trata de un proceso dominado por la prudencia, por la sofrosine (la *Ética a Nicómaco* es muy clara a este respecto, y Aristóteles como buen alumno de Platón sigue ese desarrollo). Parece evidente que esta visión nos aleja de cualquier tipo de modelo: la guerra se hace, se gana, se pierde, los hombres tienen que hacer lo posible por conservar la virtud de la polis, etc.; pero realmente, no hay ningún modelo. Era tan importante esto para algunos griegos que, de las pocas decisiones que debería tomar la ciudad con todos los ciudadanos, era una declaración de guerra. No se podía delegar en nadie el que una ciudad declarara la guerra contra otra, era algo que pertenecía a todo el colectivo y como colectivo como tal tenían que discutirlo. Podemos preguntarnos si sucedía así incluso en las ciudades en las que había tiranos o déspotas. Por ejemplo, si se lee *La Anábasis*, se percibe qué es la cultura militar griega, la cual no se distingue mucho de la cultura griega en general, ya que existe una fuerte identificación entre la sociedad y la sociedad que hace la guerra. Que los procesos de decisión ocurrieran realmente así o no, no quita ningún valor a la «idea de decisión de declarar la guerra».

A pesar de que hasta aquí en este escrito se ha apoyado esta tesis, que progresivamente la sociedad que no combate se involucra en decisiones de la guerra, la tesis no explica demasiado. Se encuentra un cambio epistémico en la percepción de la guerra debido a que hay un cambio epistémico en la percepción de la guerra en las sociedades europeas a partir, como ya he mencionado, de la Revolución Francesa, en la que las sociedades consideran que la estandarización es un proceso muy ventajoso para la realización de objetivos sociales. Por ejemplo, la unificación de pesos y medidas proporcionó a Francia ciertas ventajas sobre

otros Estados. Al leer los *Cahier* que presentaron los Estados Generales a Luis XVI, nos encontramos con que la reclamación mayor que existe en ese ámbito es que se haga en Francia un sistema de pesos y medidas unificado. La estandarización aumenta la eficacia de la sociedad y del Estado ¿Qué quiere decir que aumenta la eficacia?, que hay menos error: ya sea al transmitir una herencia, al pagar un impuesto, al hacer una transacción comercial cuya fiabilidad aumenta con un sistema de pesos y medidas estándar que no depende de la pulgada, del pie, de la milla, sino de un sistema natural verificable, aunque no todo el mundo pueda verificar el diámetro del meridiano terrestre desde Dunquerque a Barcelona. Pero digamos que, hipotéticamente, se puede hacer.

¿Cuál fue la primera eficacia que probó Francia con el nuevo sistema de pesos y medidas? Pues, probablemente, la acción militar de Napoleón en el continente. Una de las razones por las cuales Napoleón fue tan letal y tan capaz de movilizar a tanta gente y tener ejércitos tan grandes y eficaces, una de las razones, aunque no la única, fue el disponer de un sistema de pesos y medidas unificado que le permitía realizar predicciones con un menor error. El uso del sistema métrico decimal no estaba suficientemente difundido ni perfeccionado, incluso en la misma Francia. Se tardó décadas en su difusión. Pero la capacidad organizativa napoleónica fue un buen banco de pruebas para probar su eficacia. Por ejemplo, una pieza de artillería podía normalizarse a través de los disparos en función de poder comunicar a otra pieza de artillería con un sistema unificado el tipo de alcance, el tipo de carga que se tenía que poner en la bala, etc., expresado en términos universales de la República. No siempre existió una comunicación perfecta entre las partes de los ejércitos franceses, pero se abrió un camino a la normalización. Un experimento tan pequeño como el caso de una batalla napoleónica, nos pone de manifiesto la importancia que tienen los desarrollos de estándares sociales, porque el sistema métrico decimal evidentemente constituye un estándar social (aunque su origen sea geodésico o químico), e hizo patente su influencia en la eficacia de un Estado en guerra. Todos los procesos de estandarización que tuvieron lugar en Europa, todo el progresivo desarrollo de estos estándares, hicieron que los conflictos fueran mucho más eficaces. Al buscar estándares,

aquellos Estados que los poseían sufrieron guerras especialmente duras, porque tenían capacidades especialmente desarrolladas para que en todas las batallas o bien no hubiera error o, por lo menos, se minimizara su presencia. Hasta tal punto, que por ejemplo los alemanes a partir de 1880 descubrieron la necesidad de actuar del mismo modo que los franceses; es decir, crearon un sistema de estandarización propio para relacionar los trabajos de investigación realizados en los laboratorios de las universidades y de las grandes escuelas de ingeniería, con las industrias dedicadas a la fabricación en general (raíles, tubos para cableado eléctrico, etc.). La institución encargada de la elaboración de los estándares se llamó Instituto Físico y Técnico Imperial de Berlín. Con el tiempo se acuñó uno absolutamente básico en toda la vida alemana: *Deutsche Industrie Norme*, DIN. La norma DIN aparece como una norma de estandarización y precisión. A partir de 1880, la empatía que existía entre los laboratorios y los desarrollos industriales evitó el error, en el sentido en que se pudo medir el error. Se convirtió en un objetivo el detectar el error, detectar en cualquier proceso de estandarización qué es lo que podemos o no podemos hacer dentro de esos mismos procesos.

La eficacia de los ejércitos europeos en la I Guerra Mundial fue un resultado de esos procesos de estandarización tan definidos y tan refinados que se comenzaron a producir en 1880. Con lo cual, tenemos, que en aquellas sociedades que además eran liberales, había una participación ciudadana, de un forma o de otra, en la toma de decisiones, y eran capaces de ver la relación entre los procesos de estandarización (de detección del error, procesos estadísticos sofisticados) y la eficacia de la maquinaria bélica. Es verdaderamente interesante, estudiar cómo con los intercambios epistolares entre universidades e industria, con los ministerios correspondientes, se aludía perfectamente y continuamente a la eliminación del error, a la capacidad para la fabricación de productos con fiabilidad, y cómo se transmitía naturalmente (como si fuera un elemento más) al ámbito de las armas y de las capacidades de organización.

Lo que se defiende aquí es que estos estudios muestran las ventajas de normalización para la supervivencia de un estado al comunicar

la industria militar, la industria civil y capacidad de investigación de los laboratorios de investigación. Curiosamente no han sido muy abundantes los trabajos de los historiadores en esta dirección pero cada vez más están siendo objeto de una atención creciente (y creo que darán lugar a resultados a no tardar mucho). No se trata de analizar la maldad sino la forma de eficacia que subyace en el funcionamiento de las sociedades europeas desde hace dos siglos. Aunque sin duda hay eficacias malignas, en el sentido de que no es necesario que un país sea militarista para que lo propicie, sino que lo propicia si es industrializado. El proceso de estandarización es tan poderoso que no puede haber ningún objeto dentro de la fabricación de un Estado que pueda sustraerse a ello. El primer país fue Francia, el segundo fue Alemania y el tercero fue Estados Unidos (ambos prácticamente al mismo tiempo), lo que muestra que los procesos de estandarización se van acelerando con el tiempo y se expanden geográficamente.

Aunque en el detalle de las hazañas bélicas que se cuentan en una guerra, puede pensarse que la sociedad civil veía aterrorizada cómo los soldados morían y se mataban en el frente, en realidad había una especie de empatía generalizada de la sociedad en la guerra. No ha habido guerra más civil, en el sentido de mayor participación de la sociedad civil, que la participación británica al principio de la I Guerra Mundial: se vaciaron las universidades británicas, todo el mundo fue al frente, era una especie de fiesta militar, una fiesta colonial, una fiesta más del Imperio Británico. Después descubrieron que no se trataba de una fiesta más sino de una guerra real, muy dura. En ese momento se quebró la distinción entre civil y militar, se hizo de una manera verdaderamente dramática, y hasta cierto punto no hemos vuelto a recuperar esa diferenciación, que más o menos, mal que bien, ha funcionado desde hace tantos siglos (aunque por supuesto, no siempre de una manera eficaz puesto que han habido muchísimas transgresiones de la distinción civil-militar). Dicha distinción existía, al menos teóricamente; hoy en día no, ni siquiera existe teóricamente. La razón es muy sencilla: el ser humano, que ha considerado que la prudencia es la virtud que tiene que regir el mundo de las relaciones bélicas, siempre ha considerado que tenía que prescribir algo que no se podía hacer. Todos los esfuerzos se di-

rigían a poner límites a la guerra porque la guerra resulta demasiado monstruosa; ya sufrirla es un error en sí mismo, así que parece razonable acotarla. Por ello, se pueden mencionar muchísimas negociaciones sobre los límites de la guerra; no las encontramos sólo en el mundo contemporáneo, ya en el mundo medieval cuando el Papa Inocencio promulga no utilizar la ballesta, considerada un arma espantosa capaz de matar a aquellos que llevan coraza, es decir, a los nobles. Se trataba de limitar la muerte indiscriminada, por lo que Inocencio prohibió en una pragmática la utilización de la ballesta, exceptuando que se usara contra infieles. No recuerdo que haya habido ninguna pragmática vaticana en contra de la bomba atómica.

Sin embargo en el siglo XX, fracasaron la mayor parte de los intentos de poner límites a la acción bélica, especialmente flagrante en el intento de considerar ilegítimos los ataques aéreos. Hubo un gran debate, en la I Guerra Mundial y después de ella, sobre la gran amenaza que supone en la aniquilación de las sociedades por medio de los ataques aéreos. La respuesta del Gobierno británico y de otros gobiernos sobre este debate fue considerar los ataques aéreos como extremadamente peligrosos, y que no se usarían salvo en caso de «necesidad,» y sobre todo que se procuraría que no hubiera errores. A la vista de lo ocurrido posteriormente, es razonable preguntarse qué significado tendría para los contendientes la palabra «error».

Esto nos lleva a considerar el error como engaño, algo frecuente en la guerra. Y no sólo engaño a otro sino autoengaño. En las guerras el engaño es parte del juego, muchas veces pasa de ser un engaño, a ser un error. Este aspecto, en las teorías de decisión sobre la guerra se toma muy en cuenta, cuando se hacen evaluaciones de riesgos existen modelos que son muy ingenuos: por ejemplo, cuando se estudian modelos de decisión de llevar a la guerra a un determinado colectivo, intentan encontrar una alternativa a la no guerra [4]. Esto era bastante habitual

[4] A pesar del uso banal, frívolo y descontextualizado que de forma habitual se hace de *El arte de la guerra* de Sunzi, sobre todo en las escuelas de negocios donde se forman personas que después se denominan «ejecutivos», conviene no dejar de advertir que en

en el mundo antiguo, donde no se hacía la guerra pero se pagaba para compensarla, como un tipo de tratamiento mercantil. Mientras funcionó este mecanismo no se necesitó hablar de evaluación completa de riesgos, bastaba un poco de riesgo para pagar. La idea de lo tributario es una idea hasta cierto punto muy civilizada. Yo soy rico, tú eres fuerte, yo te pago para que no me ataques; tú eres fuerte pero inteligente, luego la gallina de los huevos de oro es la que te paga. El Imperio Romano funcionó durante mucho tiempo así, el problema viene cuando se rompió este sistema, quebrándose tal compromiso. que perduró durante algún tiempo, no siempre en todas las guerras, pero sí en muchas guerras durante mucho tiempo. Por eso, a pesar de que hubo muchas guerras, la mayor parte de las ocurridas hasta prácticamente la Guerra de los 30 Años (que es la primera gran guerra cruel), podían no ser muy cruentas sobre todo en el mundo occidental. La batalla de Agincourt, la cantó Shakespeare y muchos trovadores, se consideró una masacre porque habían muerto unos cientos de personas, se calcula que no más de dos mil (eso sí, caballeros). En la batalla naval de los atenienses contra los persas se estima que pudieron morir decenas de miles de aliados de persas, pero porque se hundieron los barcos, no porque fueran muertos en la batalla. Hubo batallas muy cruentas, pero las guerras en su conjunto podían serlo menos.

Ahora bien, cuando la cuestión es ya entre Estados, y la decisión no se toma por parte de un señor individual que puede negociar, sino que se toma por parte de toda la colectividad, entonces el riesgo es muchísimo mayor, porque el engaño es mayor, pero el autoengaño también. Quienes analizan las declaraciones de guerra destacan la opacidad de tales decisiones. Resulta difícil entenderlas porque la mayor parte de las veces no se puede determinar si una sociedad es lo suficientemente fuerte para ir a la guerra o si el adversario es lo suficientemente débil como para ser atacado. Todo resulta ser un juego de espejos que pro-

él se afirma que la guerra es el arte de engañar, en el capítulo «Cálculos» y que la afirmación se justifica a lo largo de toda la obra. Recomiendo la edición de Trotta de Madrid de Albert Galvany publicada en el año 2001.

ducen una cascada de engaños. Señuelos en los que caen todos para engañar a sus sociedades sobre lo que convenga en cada momento. Una trampa fundamental desarrollada en la revolución industrial, que una vez que apareció ya no desaparecerá nunca, es el de la existencia de un «arma milagrosa». Un término que utilizaba Hitler permanentemente, pero aparece ya en la guerra Franco-Prusiana, donde los fusileros eran representados como cabeza de un país enormemente industrializado, y entonces pensaban que tenían un arma milagrosa. El «arma milagrosa» sin embargo resultó ser el ferrocarril, que realmente movilizó mucho más de un millón de soldados de los estados alemanes en 15 días, algo que los franceses ni siquiera podían sospechar. El ferrocarril funcionó gracias a un proceso de estandarización, que no se había creado específicamente para la guerra pero que se aprovechó para la guerra. Cuando Napoleón III declaró la guerra a los alemanes ¿tenía suficiente información? Evidentemente no, Napoleón se basaba en el pasado, no en el futuro. Napoleón no creyó en el «arma milagrosa», pero resultó que el «arma milagrosa» era algo que no era un ama, era una máquina de tren. De hecho, ese error lo pagó con la abdicación, ese error de apreciación acabó con el Segundo Imperio Napoleónico. A partir de entonces, las guerras han sido tan brutales que nadie pide cuentas a los individuos que las han declarado porque habitualmente suelen ser o bien eliminados, o bien se van (el caso del Kaiser que tuvo que abdicar).

El problema reside en que la opacidad del origen de la guerra altera la memoria y en que los códigos de interpretación cambian con el transcurso del conflicto. La guerra transforma y se transforma. Por ejemplo, en la Guerra Civil Americana todos los analistas británicos consideraron que el ganador natural de esa guerra era el Sur, algo impensable después de haber ganado el Norte y toda la reconstrucción posterior. Pero la Reina Victoria, estuvo a punto de ponerse al lado del Sur para castigar al Norte por la Guerra de la Independencia. Los ingleses no eran malos en estrategias, no eran individuos que estaban mal informados, ¿qué ocurrió?: no entendieron la importancia que iba a tener la industrialización del Norte en el desarrollo de la guerra, analizaron sólo los patrones militares y se equivocaron, al no analizar el componente civil de la guerra. No llegaron a ponerse al lado del Sur. Al fi-

nal, probablemente pensaron «bueno al final todos son americanos», pero de hecho la marina británica tuvo relación con el Sur más que con el Norte. La última evaluación sobre el pronóstico de victoria ha sido la realizada durante la guerra fría. Cualquier lector tendrá una opinión sobre ello y siempre sobrevuela la pregunta de qué hubiera pasado en caso de que hubiera habido realmente un conflicto y quien hubiera sido el primero en enviar sus misiles y bombas atómicas sobre el contrario. Afortunadamente podemos vivir para contar que nunca se produjo.

Una pregunta siempre urgente en estas cuestiones es qué sería lo contrario del error en las prácticas bélicas. La estandarización no busca eliminar el error sino identificarlo, busca procedimientos para identificarlo, ya que se supone que el error existe en la práctica. Un error identificable es menor. Por ejemplo, ya no hablando de la guerra, sino hablando de algo peor: cómo funcionaba hasta el siglo XIX un observatorio astronómico. Un observatorio astronómico era como un departamento de filosofía, pero levantándose todos de noche y estando a varios kilómetros de distancia de cualquier centro urbano y no pudiéndose ir de la institución. Así eran los observatorios en el siglo XIX, acababan aborreciéndose entre ellos hasta extremos indescriptibles, algo natural en un trabajo que exigía tanta cercanía. Tanto es así, que Friedrich Bessel, director del observatorio de Königsberg escribió un manualito para regular su funcionamiento. Al fin y al cabo una de las prácticas científicas más acuñadas de la historia es la observación astronómica: los astrónomos no miraban a las estrellas y decían «ahí está Arturo», sino que realizaban cientos de mediciones de coordenadas que debían apuntarse y revisarse posteriormente. No es extraño que en esos observatorios (como el de Berlín o el de Könisberg) surgiera la teoría de errores. El observador se equivoca siempre al medir, con lo que al final, el resultado bueno no es el de la observación sino el resultado de aplicar a todas las observaciones unas correlaciones que nos permitan evitar los errores. Esto ayudó mucho en la vida de los observatorios porque proporcionó pautas de trabajo, mucho trabajo y la animosidad inmediata disminuyó, se cansaban tanto que dejaban de pelearse. Lo que se deseaba en los observatorios no era tanto evitar el error como conocerlo. Curiosamente, se conocía el error y no se preocupaban si

había una observación que fuera la correcta; lo importante era hacer series de observaciones a las que aplicar una serie de sistemas matemáticos de corrección basados en estadísticas bastante sofisticadas para obtener las posiciones astronómicas. En las guerras, ocurre lo mismo; en la artillería (la gran arma del siglo XIX), antes del sistema métrico decimal que permitió saber con bastante exactitud la cantidad de pólvora que había que usar y además posibilitó normalizar perfectamente todo ese proceso, era muy fácil que no se hicieran disparos para ajustar el arma, sino que se hacían disparos directamente, o bien guiándose de la experiencia del maestro artillero. A partir del siglo XIX, la teoría de errores se llevó a la artillería de forma que cualquier pieza se probaba en función de una serie de disparos, que se corregían estadísticamente, de la misma manera que se hablaba de la localización de las estrellas. Evidentemente, no se realizaban tantos disparos como observaciones, ya que la pólvora salía cara y era más barato tener a uno midiendo los ángulos durante toda la noche. Ahora bien, esto que es posible en las acciones bélicas, como en el caso del uso de la artillería, no es posible cuando se trata de las guerras mismas que no admiten corrección. No se realizan varias guerras para estudiarlas luego para ver cuáles son las adecuadas o las inadecuadas. Cada guerra es un acto único y modifica el contexto y la historia de forma absoluta. Este aspecto del problema convierte al error en algo central a la hora de estudiar el concepto de guerra.

Quisiera hacer un apunte final. No es legítimo asimilar la guerra con ninguna enfermedad. En el caso de la medicina, el enfermo en principio quiere curarse. No existe esa figura en una sociedad en guerra. Aunque el objetivo de un soldado pudiera ser mantenerse a salvo, su único medio para hacerlo sería huir, algo que no está bien considerado. Pero, desde el punto de vista del ejecutor de la guerra, desde el mismo momento en que hay ciudadanos iguales (en la Revolución Francesa se dijo «no va a haber ejército, los franceses son el ejército», tienen el derecho y la obligación de defender a Francia), la individualidad dentro de una guerra desaparece. Lo terrible de la II Guerra Mundial y de la guerra posterior no declarada fue que lo individual desapareció de una manera dramática y la eficacia de una guerra se midió estadísticamente:

el menor número de bajas posibles y el mayor número de bajas ajenas en el contrincante. El contrincante es todo su mundo, incluso los que no combaten, porque todo el mundo que no combate es un ciudadano y por tanto un posible combatiente, y aunque no lo pudiera ser, pertenece a la sociedad que hace la guerra desde el otro lado. Éste es un principio que se introduce en la óptica de la construcción social de la guerra, por eso no hay en el ámbito de la guerra el problema de salvar a una persona. Es curioso comprobar que toda la estadística se comienza a aplicar a partir de la Revolución Francesa (el caso de Condorcet). Laplace decía que la estadística es el número del Estado, el Estado es el que dice qué número hay. El Estado es el que juega, es el jugador, la Banca, y gana siempre. Y si una banca pierde es que otra banca gana.

Finalmente, no he querido hablar hasta ahora de las modificaciones en las decisiones de la guerra a través de la guerra nuclear. La guerra nuclear sería la guerra más perfecta en comparación con todas las anteriores (entiéndase que la palabra «perfecta» no se usa con regocijo). La guerra nuclear, incluso la que no se ha producido, se convirtió en una guerra muy peligrosa porque rompió el principio elemental de la guerra en principio justa: aquella que se hace si se es atacado. En la guerra nuclear, no se podía llegar al extremo de ser atacado ya que si se recibía un ataque éste era necesariamente letal. Así, nació una noción más sutil que es la de guerra previa a cualquier ataque posible; es decir, la guerra de anticipación que tiene como complemento el principio del derecho a réplica. Había que anticiparse o bien disponer de suficiente fuerza militar después de destruida la sociedad civil, como para realizar un ataque que destruyera completamente al adversario. Un tratadista y jurista italiano, Bobbio, estudió esta cuestión en plena guerra fría y sus análisis mantienen su vigencia. Muchos estrategas consideran que la guerra nuclear (que aún no se ha dado) sigue siendo la más probable, la más plausible, antes que una guerra biológica.

Después de la guerra nuclear, la que no se dio pero cambió profundamente las sociedades civiles durante cuarenta años, prácticamente no ha habido guerras clásicas sino guerras que se parecen más a acciones coloniales o bien guerras donde los estados no han empleado todo su potencial bélico. Las guerras de Corea y Vietnam son un ejemplo de

esas guerras limitadas por el miedo. No ha habido guerras pero no cabe duda que las habrá; incluso puede haberlas usando las «viejas» armas nucleares. La situación resulta inquietante ya que según la revista *Nature* el peligro es aún mayor ahora que antes, cuando sólo había dos potencias. Y además, toda potencia nuclear es una potencia que puede alcanzar un poder de destrucción similar al de otra que sea mucho mayor que ella.

Las causas que producen las guerras se mueven entre nosotros de forma sigilosa. En este artículo sólo se ha pretendido caracterizar la guerra de forma general relacionándola con la noción de error, pero su redacción me ha hecho ver que el error es uno de los temas nucleares de la guerra. Así agradezco a quienes me han empujado a trabajar en ello porque me han indicado de forma indirecta un tema que articula la reflexión sobre la guerra.

Referencias

Bobbio, N (1982) *El problema de la guerra y las vías de la paz*. Barcelona Gedisa.

Clausewitz, Carl von (1999) *De la guerra*. Ministerio de Defensa, Madrid.